



Memorias de una beatnik

Diane di Prima

Nos pasamos la tarde follando en la cama matrimonial inundada por la luz del sol. Todo lo que el piso había significado, la magia de la amistad, el sentimiento de aventura, todo flotaba a nuestro alrededor en el aire polvoriento de la tarde. La vida nunca me había parecido más sencilla ni agradable, nunca tan repleta de amor y libertad esencial como durante aquel día, aunque sabía que le estaba diciendo adiós a todo eso.

las afueras

Memorias de una beatnik

f

Diane di Prima
MEMORIAS DE UNA BEATNIK

Traducción de Luis Rubio Paredes

las afueras

Título de la edición original: *Memoirs of a Beatnik*

© Diane di Prima, 1969 (reedición con el epílogo, 1988)

Publicada originalmente por Olympia Press, Nueva York, y publicada ahora al español con el permiso de Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria SL.

© de la traducción, Luis Rubio Paredes, 1999

Ante la imposibilidad de contactar con el traductor de este libro, la editorial pone a su disposición todos los derechos que le son legítimos e inalienables.

© de esta edición, Editorial Las afueras, 2022

Av. Diagonal, 534, 2º 2ª

08006 Barcelona

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-124081-7-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier otra forma o por cualquier otro medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer

Imagen de la cubierta: Grupo de adolescentes en Greenwich Village, Nueva York. Foto: Hermann Schröer/Timeline Images

Maquetación: María O'Shea

Corrección: Flor Braier

—¿Qué habrá sido de todos aquellos beatniks? — preguntó una chica rubia, estudiante de primer curso, que me llevó a San Francisco después de una lectura de poemas que hice en Berkeley el año pasado.

—Pues verás, cariño: algunos se vendieron y se hicieron hippies. Otros logramos mantener nuestra integridad aceptando becas del Estado o escribiendo novelas pornográficas. John Wieners se volvió loco y vive en Buffalo, Fred Herko se tiró por la ventana, Gary Snyder se hizo monje zen. Hay de todo. O, como dijo hace poco mi hija de once años, recordando los primeros años de su infancia: «Echo mucho de menos aquellos momentos. La vida era dura pero maravillosa».

Ahora la vida es bonita sin más. Una nueva era, que todavía tiene mofletes de bebé.

¡A seguir colocándose!

Diane di Prima Mayo de 1969

Me despertó el ruido de la mañana en el West Village, el ruido del tráfico. Por la calle mojada pasaban camiones que circulaban nerviosos e intercambiaban bufidos y bocinazos. La ventana estaba abierta y la persiana se mecía un poco, golpeando el marco con uno de sus lados a intervalos irregulares. Abrí los ojos, me di la vuelta en la cama y miré a mi alrededor.

El amarillo chillón de la habitación contrastaba con la pálida luz gris de un amanecer lluvioso. Aparte de una cama baja, los únicos muebles eran unos tableros robados de algunas empresas del barrio que vendían papel. Estaban pintados de negro mate y servían tanto de sillas como de mesas. No había cojines que disimularan su austeridad, ni siquiera esos tapices indios y los terciopelos antiguos a los que estábamos acostumbrados en los sesenta. En la pared que estaba frente a los pies de la cama, había una enorme tarima con una vela que medía por lo menos treinta centímetros de diámetro y un metro de alto. Ivan estaba particularmente orgulloso de la vela. La primera vez que fuimos a su casa, me contó que había necesitado diecisiete dólares de cera para hacerla. Era nuestra fuente de luz para la actividad nocturna.

Aunque el piso no era más que un segundo, la habitación estaba «decorada» con una especie de falsos aleros, que caían ligeramente sobre las ventanas y dejaban en sombra la cama. La habitación era grande. La pintura nueva y el suelo impecable hacían que luciera como una buhardilla de lujo. Era como si los personajes de *La Bohème* hubieran conseguido dinero para pintarlo todo, pensé con sarcasmo.

Al otro lado del pasillo se veía una parte de la diminuta cocina, resplandeciente, con los utensilios nuevos. A la derecha, había un cuarto de baño igualmente pequeño, de

azulejos primorosos, equipado con distintos aceites de baño, todos caros, y con toallas de felpa muy mullida y colores oscuros, lujosos. Era una casa de muñecas, una miniatura perfecta, y era evidente que había alguien que estaba jugando a las casitas.

Bueno, pues allí estaba yo. Estiré las piernas, arqueé los dedos de los pies y suspiré, pero muy bajo, para no despertar al chico que estaba durmiendo a mi lado. Pensé maliciosamente que era solo el primero de los muchos apartamentos en los que acabaría despertándome. Me acaricié los muslos doloridos para sentir la textura del esperma seco que tenía pegado. Después deslicé la mano entre las piernas y me palpé con suavidad los labios de la vagina. La piel estaba sensible y me metí los dedos, explorando con cuidado. «Este tío es bueno de verdad —me dije—. Está muy bien que sea bueno la primera vez». Me estremecí de placer al explorar ese territorio conocido y se me puso la piel de gallina. Ahora, pensé con una sonrisa cínica de placer, ya no volveré a tener problemas con los támpax.

Ivan seguía durmiendo, de espaldas. Retiré con suavidad la sábana que nos cubría y comparé el color rosáceo, casi violeta de mi piel, con el brillo pálido, oliváceo, que él desprendía. Hacíamos buena pareja. Era un placer estar allí tumbada, apenas despierta, acariciándome la piel delicada de los pechos y el vientre, sabiendo que en cualquier momento podría iniciarse la danza que satisfaría mi deseo y a la vez deleitaría al chico que estaba a mi lado.

Me giré y apoyé la boca en su espalda. Recorrí suavemente con la lengua el surco de su columna. Tenía una vértebra muy grande en la parte inferior de la espalda, justo antes de la curva de las nalgas. La exploré a fondo con la boca, rastree la columna hasta el final y comencé de nuevo, esta vez jugando también con los dedos, palpando su costado, erizando el vello fino que cubría su piel morena.

A esas alturas, Ivan ya estaba completamente despierto y se agitaba mientras yo le revolvía con la lengua el pelo de la nuca. Se volvió hacia mí y me cubrió la boca con la suya. Deslicé un brazo bajo su hombro y noté que, a pesar de su estatura, tenía los hombros muy pequeños, casi como los de una chica. Por algún motivo, esto todavía me excitó más. Moví mi cuerpo para medio tumbarme sobre el suyo y me concentré en el beso.

Hay tantos tipos de besos como personas en el mundo, tantos como permutaciones y combinaciones de personas. Nadie besa como los demás y nadie folla igual, pero, en cierto modo, un beso es algo todavía más personal, más individual que un polvo.

Los hay que besan con fervor y vehemencia, con los labios bien separados y distendidos, mientras te meten la lengua dura en la boca todo lo que pueden. Otros besan con pereza, relajados y lánguidos, con bocas flojas que apenas te rozan, con lenguas casi incapaces de aventurarse a salir. Hay quienes besan con astucia, pues sus besos parecen indiferentes al principio, pero furtivamente acaban despertándote enormes estallidos de deseo. Otros besan con tanta intensidad que repugnan un poco y te dejan como si acabaras de echar un polvo rápido en el suelo del baño. También hay quienes besan de forma virginal, pues cuando se disponen a apoderarse de tu boca parece que te están cogiendo castamente de la mano. Otros besan como si estuvieran follando, metiendo y sacando frenéticamente la lengua entre los labios con ritmo jadeante. Hay muchos otros tipos de besos. Ahora se me ocurren por lo menos una docena. Puedes apuntar aquí tus favoritos:

Nuestro beso comenzó en los labios, con la boca relajada y suelta. Nos rozábamos con suavidad, sin prisas, ansiando fundirnos el uno en el otro, convertirnos en una única boca. Nos fuimos excitando poco a poco, hasta que los labios chocaron con furia contra los dientes. Abrió la boca, sacó la lengua y comenzó a explorar la parte interna de mi labio inferior, deslizándose y adentrándose con suavidad por las comisuras, restregándose contra mis encías y haciendo que mi labio se curvara hacia abajo. Retiró la lengua y la mía la siguió, para practicar el mismo juego, pero de forma más minuciosa, adentrándola también en el interior de su labio superior y en los recovecos de su boca, hinchando primero el hueco de una de sus mejillas y después el otro. Cuando me cansé de esto, comencé a mordisquearle el labio inferior y él sacó de nuevo la lengua, con fuerza y determinación, y comenzó a explorarme el cielo de la boca y la piel debajo de la lengua. Cambiamos de postura para juntar más las bocas y los cuerpos, y mi mano descubrió su polla, grande y hermosa. Empecé a acariciarla y frotarla, parando de vez en cuando para cubrir todo su capullo con las palmas de las manos.

Nuestras lenguas, enfrentadas en un fino combate de esgrima, arremetían una contra otra con placer, mientras cambiábamos delicadamente de postura para aumentar al máximo el contacto entre las pieles. Deslicé una rodilla bajo sus pelotas y la hice girar despacio mientras le rastreaba el paladar con la punta de la lengua. Él me metió un muslo entre las piernas, lo justo para tocarme el clítoris. Una ola de placer me invadió todo el cuerpo y comencé a restregar el coño contra su pierna, aferrándola con ambos muslos, mientras mi boca abandonaba la suya para buscar ese hueco en la base de su garganta que tanto me gustaba.

Estaba tumbado, con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás. Yo perseguía con la boca la línea de su garganta, la clavícula y el pecho, dejando un fino rastro de saliva sobre

su piel. Jugué un poco con la lengua en sus pezones, pequeños y duros, y continué mi trayectoria hacia abajo, parándome de vez en cuando para mordisquear la piel, suave y perfecta, justo debajo de las costillas o para excavar su ombligo con la lengua. Me cogió de la cabeza con sus manos impacientes y me empujó hacia su enorme polla, pero me resistí, jugando. No quería darme prisa. Apresé con los dientes uno de los pelos oscuros que tenía en el estómago y tiré un poco de él. Con la boca exploré los hermosos huesos de su pelvis, examinando cómo se estiraba su piel y formaba un hueco, suave y sensual como las dunas del desierto. Le hice una marca púrpura con los dientes y seguí despacio mi camino. Ivan soltó un gemido. Sus manos perdieron un poco de fuerza y comenzaron a jugar con mi pelo. Con la boca y la lengua comencé a lamer la piel suave que separaba el ombligo de la ingle, hasta que los músculos se sacudieron y contrajeron al contacto conmigo y pude oír sus jadeos, involuntarios y entrecortados.

Deslicé mi cuerpo por su pierna, hasta que con la boca encontré su polla empalmada. Comencé a jugar con ella, besándola por los lados y lamiendo su base, un remolino de vello con olor a humedad. Por fin, atendiendo a la urgencia de sus manos, me metí en la boca su enorme glánde y saboreé el líquido dulce y amargo de la punta. Bajé la cabeza tanto como pude y se me llenó la boca por completo mientras intentaba abrirla al máximo para tragarme toda su polla. El capullo me llegaba hasta la garganta, lo que estuvo a punto de provocarme una pequeña arcada, pero su creciente excitación me alejó de esos pensamientos. Deslicé las manos bajo sus nalgas y lo acerqué todavía más a mí, mientras movía la cabeza arriba y abajo y presionaba con fuerza mi raja húmeda contra su rodilla. La cabeza me daba vueltas y se me nublaba la vista, pero pude apreciar un continuo destello de luz en la pared amarilla. Recuerdo que me fijé, no sé por qué, en que había dejado de llover.

Escuchaba cómo Ivan gemía y jadeaba por encima de mí.

Mi deseo se volvió más urgente. Quería tener dentro aquella polla grande y palpitante. Con un movimiento rápido, me la saqué de la boca y él se estremeció. Me detuve un momento para pasarle la lengua por los huevos llenos y redondos. Ayudándome con las manos, me subí a su cuerpo, montándolo y poniendo la raja mojada justo encima de su mástil. Me incliné y guié la polla hacia el sitio adecuado. Me retorcí un poco para que pudiera penetrar el agujero, que todavía estaba apretado, pero aún faltaba un poco; no me había metido su enorme rabo por completo. Nos separamos un poco y me giré, pasando mi pierna por encima de su hombro. Sus manos estaban aferradas a mi espalda y me atraían más y más hacia él: estaba dentro, me la había metido hasta el fondo. Sentía que se me derretía el cuerpo; que se derramaba una neblina gris frente a mis ojos. Nos tumbamos de lado. Una de mis piernas estaba sobre su hombro y nos movíamos hacia delante y hacia atrás y en círculo. Me solté la melena y la dejé caer, larga y en cascada, sobre ambos. Me dejé llevar y mi cuerpo se llenó de placer hasta que sentí cómo una ola deliciosa se adueñaba por completo de mí y el esperma caliente me llenaba a rebosar el coño, y con un grito estremecedor, se desplomó sobre mí.

Sé que pasamos mucho tiempo sin movernos, porque alcé la cabeza y vi que el rayo de luz se había movido bastante a través de la pared y bajaba por la madera. Moví un poco la pierna e Ivan sacó su polla húmeda, lo que me provocó una exquisita y delicada sensación. Alargó el brazo por encima de mí y recogió el despertador eléctrico que habíamos tirado mientras lo hacíamos. Cuando vio la hora, soltó un largo silbido y se separó para comenzar a besarme los párpados y estirarme la oreja con los labios. Me pasé a una parte más seca de la sábana. Cogió un mechón de mi pelo suelto y me lo extendió por encima de la cara, como una telaraña. Comenzó a besarme por medio de ella y nuestras

lenguas se encontraron como a través de un velo. Yo dije: «Mmmmm».

—¿Tienes hambre? —me preguntó, incorporándose y balanceando las piernas sobre el suelo, a unos pocos centímetros de la cama.

—Un poco —le contesté, mientras me hacía un ovillo bajo la almohada para indicar que no me quería levantar ni ocuparme de nada.

Ivan se levantó y contemplé su cuerpo extraño y hermoso mientras se dirigía a la ducha. Decididamente, era muy alto y moreno. Resplandecía como una imagen de El Greco. Pensé que era muy atractivo y me cobijé en el cálido espacio que habían dejado nuestros cuerpos. Me adormecí.

Me despertó el aroma del café y el chisporroteo de los huevos fritos. Ivan se había duchado y vestido y ahora estaba de pie, a mi lado, sonriendo y con dos tazas humeantes en las manos. Las dejó en la mesita y se sentó junto a mí, mientras yo me incorporaba, somnolienta, con los hombros envueltos en las sábanas y el pelo sobre la cara. Sorbí ansiosa aquel líquido dulce y caliente que me ayudó a despejar un poco la niebla del sueño. Le eché una mirada a Ivan por encima de la taza: ya no era el joven pirata que había encontrado en el Village la noche anterior ni tampoco era la imagen de El Greco con la que había hecho el amor. Se había convertido en un hombre joven, tranquilo, bastante delgado, vestido con un peto limpio y una camiseta azul, con el cabello mojado y bien peinado. Ivan sonrió al notar que lo miraba y me adivinó el pensamiento. Yo también le sonreí. No éramos muy habladores. Entonces hizo como si me fuera a arrastrar por los pies.

—Venga. Los huevos se van a enfriar.

Me levanté y me dirigí desnuda al centro de la habitación. Me estiré y bostecé. La luz que había estado observando toda la mañana desde la cama ahora me llegaba a los tobillos. Me hice una trenza floja y un poco desarreglada

para quitarme el pelo de la cara. Noté que algo goteaba en mi peine, pero no le presté atención. Ivan me lanzó una camiseta azul de algodón igual que la suya. Me quedaba grande. Me la puse y me arremangué. Así vestida, me dispuse a desayunar.

Nos sentamos en una mesa pequeña de aquella diminuta cocina de soltero y nos dimos un atracón de zumo de naranja helado, huevos fritos y unos muffins quemados y bañados en mantequilla. Ivan se había puesto las gafas, para rematar su transformación en un joven trabajador, decente y demasiado serio.

—Cuando te marches, da un portazo —dijo, con la boca llena—. Se cierra sola. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, poner música, escribir, lo que sea. —Después añadió, con un atisbo de duda—: ¿Te veré esta noche?

Me gustó esa duda. Me gustaba también la confianza con la que se había dado todo entre nosotros, pero la verdad es que, sin esa duda, Ivan podría haber resultado un poco arrogante. Reprimí una sonrisa y me llené la boca de huevo.

—No lo sé —le contesté—. Depende. Todavía vivo en mi casa.

—Te veré a las nueve, en David's. —David's era un café de artistas que había en la calle MacDougal, por aquella época el único de la zona, aparte de los de la mafia.

—Vale —le dije, haciéndome la dura—. Si no estoy, no me esperes.

Me echó una mirada insistente y traviesa bajo sus largas pestañas, que medio me coaccionaba, medio me ordenaba que estuviera allí, y, tras darme un beso con sabor a huevo, se marchó a trabajar.

II FEBRERO CONTINÚA

Estaba sola en el apartamento y tenía esa sensación tan particular de lujo que siempre me da la soledad. Me serví una taza de café, le eché bastante azúcar y añadí leche. Era un hábito que había adquirido en las numerosas ocasiones en que solo me quedaban diez centavos y no desayunaba o almorzaba nada más que una taza de café. Si le pones mucha leche y mucho azúcar, te da más energía y te alimenta más.

Me acerqué a la estantería, escogí la traducción de García Lorca publicada en *New Directions* y me sumergí en el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. La cafetera eléctrica conservaba el café siempre caliente. Al cabo de un rato, me serví otra taza y me acerqué a la cama. Dejé la taza en el suelo, estiré las sábanas arrugadas, puse una cantata de Bach en el tocadiscos y me tumbé a leer. Como seguía dándole vueltas a la cabeza, acabé por dejar el libro y me puse a pensar.

En general, me sentía bastante bien. Me gustaba Ivan, aquella peculiar timidez que podía parecer una actitud de distanciamiento. Me gustaba su cuerpo largo y delgado, su polla grande. Me gustaba la sensación de calor, plenitud y satisfacción dentro de mí. Me deleité en ella, me acurruqué en la cama y comencé a repasar medio dormida los acontecimientos de la noche anterior.

Llevaba un rato sentada en el *Swing Rendezvous*, un bar gay, propiedad de la mafia, situado en la calle MacDougal, con Susan O'Reilly, una amiga del instituto. Hacía unas semanas que nos habíamos escapado de la universidad y vivíamos precariamente en casa, buscando trabajo y apartamento y huyendo por la noche de unos padres furiosos, de la policía a la que ya habían llamado más de una vez y del acoso del mundo entero. El bar nos parecía

«seguro»: aquel estúpido matón con acento del Bronx; aquel mafioso flaco de pelo canoso y cejas negras y pobladas que se sentaba en el fondo a vigilar; Stevie Martini; aquella camarera guapa y delgada, bollera, de pelo corto teñido de rubio y peinado hacia atrás; su novia, Barbara, aquella triste jovencita de grandes ojos negros que trabajaba detrás de la barra... Durante las últimas semanas se habían convertido casi en nuestra familia.

El Swing era nuestro refugio porque estaba fuera del circuito y era el punto de encuentro de los marginados. Hoy en día, en plena liberación gay, la homosexualidad ya no conlleva ningún estigma social, pero tampoco tiene ese amargo romanticismo que resultaba tan refinado. (Recuerdo que una noche, un chaperó amigo mío rechazó en Lenny's Hideaway a un molesto hombre de negocios diciéndole simplemente: «Hoy no me siento con mucha pluma, querido»). Ser gay ya no sirve para mantener a la gente a raya, desairar a la sociedad, marcar la diferencia y a la vez permanecer al margen. Ya no forma parte de la magia negra: Cocteau, Genet o Kenneth Anger. Sin ir más lejos, la semana pasada vi que en una tienda de segunda mano de la calle Haight, vendían por diez centavos un ejemplar de *El pozo de la soledad*, un clásico secreto de la generación de mi madre.

Estábamos sentadas en una mesa de madera, en asientos tapizados de cuero rojo, ya gastado. Nuestros movimientos se reflejaban en los deteriorados espejos azulados que cubrían las paredes. Charlábamos, bebíamos y de vez en cuando salíamos a bailar juntas o con alguno de los «habituales», gais y no gais, a los que parecíamos conocer tan bien como la una a la otra.

El baile se llamaba «el pez» y era el antecesor del twist, pero mucho más atrevido. Se bailaba de a dos, como antes el foxtrot. Pasabas una pierna por encima de la de tu compañero, él te metía la rodilla en la ingle, y le frotabas el coño contra el muslo y sentías en el vientre o en la pelvis

cómo se empalmaba, con las manos sueltas a los lados como si nada o metidas en el bolsillo de atrás de los tejanos, para así empujar con más fuerza la pelvis hacia delante. También se podía bailar suelto, en grupos de dos, tres y hasta cinco: saltabas y zapateabas, doblabas la espalda, hacías el *spagat*, girabas y te «congelabas». Congelarse era todo un arte: echabas la cabeza hacia atrás, con los brazos estirados y conforme te ibas doblando lentamente, todos los músculos de tu cuerpo se estremecían y temblaban como si tuvieran vida propia. Poca gente sabía hacerlo. Además, debías adoptar una actitud indiferente y tu rostro no podía delatar ninguna emoción. Era el «baile del pez» y teníamos que hacerlo *cool*.

Lo mismo que en la cama, pensé. Siempre *cool*. Ya se había acabado la primera cara del disco. El brazo del tocadiscos tembló un poco y la canción volvió a empezar. Trompetas y percusión. Una ligera brisa agitó las cortinas, me recorrió el cuerpo desnudo y me puso la piel de gallina; seguí pensando, recordando las circunstancias que me habían conducido hasta allí.

Susan y yo llevábamos un rato sentadas en nuestra mesa, acurrucadas, hablando de esto y aquello. Susan observaba la pista de baile: un joven llamado Claudia, rubio con un mechón negro, giraba y se arqueaba al ritmo de un potente *rhythm-and-blues* (Dinah Washington cantaba, gimiendo, sobre cómo era acostarse con su casero). Yo miraba el arco que separaba la barra del resto del bar, con sus mesas y su pista de baile y sus ángeles de la guarda de la Cosa Nostra. Tenía la costumbre de sentarme de cara a la puerta. Allí nos sentíamos a salvo, por supuesto, pero estaba preparada para cualquier cosa.

Entraron dos jóvenes bastante guapos y se quedaron al lado de la puerta. Uno era algo más alto que el otro y tenía los ojos oscuros, con unas pestañas increíbles, pómulos prominentes y aspecto tenso. Llevaba una camisa